

Manuel López Escudero, así como a todos los autores que han contribuido a la elaboración de esta excelente obra, por la publicación del presente volumen. Nos encontramos ante una obra que constituye una referencia inexcusable para todos los especialistas en la acción exterior de la UE, así como para todos aquellos interesados en conocer con profundidad los desafíos políticos y jurídicos a los que se enfrenta la acción exterior de la UE en un momento de gran incertidumbre sobre el futuro del proceso de integración europea.

Juan Santos Vara
Universidad de Salamanca

Winston S. CHURCHILL,
Europa unida. Dieciocho discursos y una carta,
Ediciones Encuentro, Madrid, 2016, 204 pp.

El Instituto Universitario de Estudios Europeos de la Universidad privada San Pablo-CEU— que preside el exministro y excomisario europeo Marcelino Oreja Aguirre y dirige el profesor, abogado y escritor José María Beneyto— viene realizando, desde hace años, una labor benemérita no solo en la enseñanza y difusión de los ideales de la integración europea, sino también en la investigación rigurosa de este proceso. Dentro de este segundo propósito se inscribe la colección Raíces de Europa, que dirige el profesor Beneyto y que lleva publicados once volúmenes dedicados precisamente a ilustrar sobre los orígenes de dicho proceso y los individuos que participaron de una u otra manera, antes o después, en la concepción y desarrollo de una Europa unida. Se trata de personalidades que influyeron de forma apreciable, ya desde el mundo de las ideas y/o de la acción política, en el devenir del proceso de la integración europea y que contribuyeron a hacerlo posible. Un proyecto loable que, sin duda, hubiera contado con el beneplácito de don Antonio Truyol Serra, que tanto interés mostró siempre por esas materias y un profesor muy querido por el director de la colección y del autor de esta recensión.

Merece la pena recordar, por orden de aparición y con ocasión de la aparición de este nuevo volumen, los títulos de la colección y la galería de personajes que han desfilado por sus páginas: T. S. Eliot, *La unidad de la cultura europea* (2003), con un sugerente prólogo del director de la colección; R. Schuman, *Por Europa* (2006); J. Monnet, *Los Estados Unidos de Europa han comenzado* (2008); R. N. Coudenhove-Kalergi, *Pan-Europa* (2010); el español S. de Madariaga, *Bosquejo de Europa* (2010); J. Monnet de nuevo,

Memorias (2010); Alcide de Gasperi, *Europa* (2011); O. de Habsburgo, *El camino de Europa* (2011); V. Havel, *El poder de los sin poder* (2013); K. Adenauer, *El fin del nacionalismo* (2014); y, por último, el político británico W. S. Churchill (1874-1965) cierra por hoy la colección con el undécimo volumen (2016), del que ahora nos ocupamos. Se aprecia, pues, el esfuerzo sostenido por ofrecer una visión panorámica del pensamiento político en torno a la idea de Europa.

La profesora Belén Becerril —subdirectora del Instituto y autora de los estudios introductorios de los volúmenes dedicados a Havel y Adenauer— ha escrito también el correspondiente a Churchill, que contiene también un oportuno epílogo escrito por Charles Powell, director del Real Instituto Elcano, en el que al calor de la posición de Churchill frente a Europa glosa la posición británica previa al desafortunado referéndum de junio del 2016, resuelto con una muy corta victoria de los partidarios de la salida del Reino Unido de la Unión Europea (UE). Un punto de inflexión en el devenir del proceso de integración, caracterizado hasta ahora por el incesante incremento del número de miembros del club, pero que se enfrenta por vez primera a la salida voluntaria de uno de ellos, y no de cualquiera, sino de uno de los Estados grandes y más representativos de los principales valores presentes en la integración europea, a saber, la economía de mercado, la democracia y los derechos humanos. No ha podido ser, pues, más oportuna esta edición en castellano de los discursos de Churchill sobre Europa, entre otras cosas para evitar el uso espurio de su pensamiento con ocasión del sucio debate político provocado en las Islas por la disparatada convocatoria del referéndum.

No puede extrañar que un político de la talla de W. Churchill, además de un excelente orador y escritor, tuviera una cierta idea de Europa y que esa idea evolucionara con el tiempo y los acontecimientos, sin olvidar los avatares de su propia y larguísima vida política (fue miembro del Parlamento británico durante más de sesenta años). Ahora bien, y para dejarlo claro desde el principio, tal y como pone de manifiesto la profesora Becerril en su cuidada e ilustrativa introducción, los fundamentos de su pensamiento sobre Europa no cambiaron sustancialmente antes ni después de la Segunda Guerra Mundial, y pueden resumirse en la famosa fórmula, tantas veces citada: «We are with Europe, but not of it». Es decir, y en términos más concretos, Reino Unido era consciente de su pertenencia a Europa y de su vinculación con el continente, y de que debía cooperar lealmente en la superación de sus males endémicos, de sus trágicas divisiones y conflictos, así como de la desconfianza y odio que generaban, por ejemplo, y entre otros muchos, el de la tradicional rivalidad francoalemana.

Ahora bien, Reino Unido debía perseguir sus propios sueños, en esencia mantener su imperio colonial y auspiciar y alentar el desarrollo de la Manco-

munidad de Naciones (la dichosa Commonwealth), además de cuidar su relación especial con los Estados Unidos, sin participar ni comprometerse jamás en ninguna clase de aventura política que se propusiera remediar los males del continente, quizás a través de una futurible unión o integración de soberanías fuera de la naturaleza que fuese. En definitiva, se trataba de patrocinar una nueva Europa, pero sin participar directamente en ella.

El pensamiento y la trayectoria política de Churchill han sido objeto de sesudos análisis, y existe una abundante y enjundiosa bibliografía al respecto, de la que da cuenta la profesora Becerril, pero la doctrina parece relativamente pacífica al respecto. Al margen de altibajos y matices provocados por diversas y muy comprensibles circunstancias y que detalla la profesora Becerril, Churchill mantuvo en esencia a lo largo del tiempo sus posiciones de principio sobre Europa, muy condicionadas por su formación y principios victorianos. Él aún creía, después del fin de la guerra, en un futuro político imperial y principal para el Reino Unido. Una creencia ingenua que, muy pronto, se enfrentaría al imparable proceso de descolonización auspiciado por las Naciones Unidas, a la hegemonía en el sistema internacional de los Estados Unidos y la Unión Soviética y a la guerra fría. Así las cosas, consideraba vital colaborar decididamente en la reconstrucción política y económica del continente, todavía más a la vista del desafío planteado por la instalación de regímenes comunistas en parte de Europa, pero permaneciendo al margen de esta; unos objetivos programáticos que él creía compatibles, aunque la realidad lo desmintiera.

Todo ello explica el apoyo británico a la creación en 1949 del Consejo de Europa como una organización regional de cooperación estrictamente intergubernamental y el rechazo casi simultáneo, por parte del Gobierno laborista, al Plan Schuman, que culminó con la creación de la CECA en 1951, que Churchill criticó no por la negativa rotunda de los laboristas a participar en instituciones supranacionales que supusieran una cesión de soberanía, sino por su rechazo miope a seguir y animar el proceso, muy esperanzador para el futuro del continente y, por tanto, muy bueno también para el Reino Unido. Los discursos del presidente Obama con motivo de sus visitas al Reino Unido y Alemania en abril de 2016 —cuya lectura viene muy a cuento en las circunstancias presentes— recuerdan y recuperan esta inteligente posición de Churchill, en este caso desde la perspectiva norteamericana. Obama animó a los británicos y alemanes a no desfallecer en la defensa de los ideales del proceso de reconstrucción europea y a asumir sus responsabilidades como grandes Estados ante la grave crisis que afecta al proceso. Por desgracia fracasó en su propósito en el caso del Reino Unido.

Debe alabarse la clarividencia de Churchill al asociar la suerte del Reino Unido a la seguridad y prosperidad del continente. Dos recientes y grandes guerras lo corroboraban. Sus convicciones europeístas lo llevaban incluso a

aceptar alguna clase de soberanía compartida que permitiera, entre otros objetivos, preservar en común la paz y proteger al continente de amenazas exteriores. Pero no puede encontrarse sustento en su obra política y en sus escritos a la participación del Reino Unido en el proceso de integración supranacional puesto en marcha en Europa a partir de los años cincuenta del siglo pasado. Se invita al lector a repasar en este sentido, a riesgo de ser arbitrario, algunos documentos muy señalados de esta recopilación, como el discurso del Westminster College (marzo de 1946, pp. 54-67), el discurso de la Universidad de Zúrich (septiembre de 1946, pp. 73-77), el discurso en el Congreso de La Haya (mayo de 1948, pp. 88-96), el discurso en la Conferencia Anual del Partido Conservador en Llandudno (octubre de 1948, pp. 97-115), el discurso ante la Asamblea Consultiva del Consejo de Europa en Estrasburgo (agosto de 1949, pp. 127-132), el discurso ante la Cámara de los Comunes sobre el Plan Schuman (junio de 1950, pp. 138-158) y el discurso ante la Cámara de los Comunes sobre política exterior (mayo de 1953, pp. 171-187). En este sentido, hay al menos una evidente continuidad en la política británica sobre la integración europea desde los tiempos de Churchill, fundada ante todo en las dudas y reticencias a las cesiones de soberanía que el proceso conlleva.

Solo resta felicitar a la profesora Becerril por la edición tan elocuente de estos discursos y desear que la colección Raíces de Europa siga su feliz andadura. El proceso de integración europea necesita más que nunca esta clase de iniciativas.

Carlos Jiménez Piernas
Universidad de Alcalá

Esther BARBÉ, Oriol COSTA y Robert KISSACK (eds.),
EU Policy Responses to a Shifting Multilateral System,
Palgrave Macmillan, London, 2016, 246 pp.

Que la Unión Europea (UE) no se siente cómoda con buena parte de los procesos de cambio a los que estamos asistiendo en la escena internacional es algo bastante evidente. No podía ser más clara, en este sentido, su nueva Estrategia Global para la Política Exterior cuando, en un saludable ejercicio de realismo, comienza precisamente reflejando sin complejos esa percepción: «Our Union is under threat. Our European project, which has brought unprecedented peace, prosperity and democracy, is being questioned»; un cuestionamiento que, por supuesto, no procede solo del exterior, pero que, sin